

tudiar más ó menos en las dos últimas clases; ahora, en cambio, las clases inferiores trabajaban con provecho. El estado moral vino á ser también muy distinto de lo que había sido algunos años antes; los entretenimientos orientales eran mirados con repugnancia, y una ó dos veces que se pretendió volver á lo pasado, produjeron escándalos que llegaron hasta los salones de San Petersburgo. Girardot fué despedido; sólo se le permitió conservar su departamento de soltero en el edificio del Cuerpo; y después lo veíamos á menudo, envuelto en su larga capa militar, paseándose solo y sumido en profundas meditaciones; entristecido, supongo, no pudiendo por menos de condenar el nuevo espíritu que rápidamente se apoderaba del cuerpo de pajes.

## II

En toda Rusia la gente no hablaba más que de instrucción; tan pronto como se concertó la paz en París, y la severidad de la censura se relajó un poco, todo lo referente á la educación fué objeto de vivas discusiones. La ignorancia de las masas; los obstáculos con que habían tropezado los amantes de la instrucción; la falta de escuelas en los distritos rurales; lo anticuado de los sistemas de enseñanza y medios de remediar estos males, vinieron á ser los temas favoritos de discusión en los círculos de las personas cultas, en

la prensa, y aun en los salones de la aristocracia. La primera escuela superior para las jóvenes se abrió en 1857, con un plan de estudios excelente y con claustro de profesores brillante. Como por arte mágico, aparecieron muchas personas de ambos sexos, quienes, no sólo se habían dedicado por entero á la educación, sino que asimismo demostraron ser pedagogos notablemente prácticos; sus obras ocuparían un puesto de honor entre la literatura de cualquier país civilizado, si fueran conocidas en el exterior.

El Cuerpo de pajes sintió también los efectos de ese renacimiento: con raras excepciones, la tendencia general de las tres clases inferiores era el estudio. El jefe del departamento de educación, el inspector Winkler, que era un coronel de artillería muy instruido, buen matemático y hombre de ideas progresivas, inauguró un excelente plan para estimular esa tendencia. En vez de los medianos maestros que anteriormente acostumbraban á dar cátedra en las clases inferiores, procuró hacerse de profesores de primera; en su opinión, mientras más jóvenes fueran los discípulos, mayor debía ser el talento del instructor. Así que, para la cátedra de álgebra elemental de la clase cuarta, invitó á un matemático de primera fuerza y profesor por temperamento, el capitán Sukhónin, y la clase entera se dedicó con entusiasmo á las matemáticas. Ocurrió, dicho sea de paso, que el referido capitán era también tutor del

heredero del trono (Nikolai Alexandrovich, que murió á los veintidós años), á quien traían una vez por semana á la clase de álgebra del Cuerpo de pajes; pues la emperatriz, María Alexandrovna, que era mujer bien educada, creyó que tal vez el contacto con jóvenes estudiosos fuera un estímulo para él. Pero aunque se sentaba entre nosotros y tenía que contestar á las preguntas que le hacían, como todos los demás, como se entretenía por lo general, mientras el maestro explicaba, en hacer dibujos ó en hablar con el compañero, no adelantaba mucho; tenía buena índole y un trato agradable; pero era un poco superficial.

Para la clase quinta, el inspector halló el concurso de dos hombres notables. Un día entró en la sala, donde dábamos clase, radiante de alegría, diciéndonos que habíamos tenido mucha suerte; el profesor Klarousky, hombre de rara erudición, muy versado en el estudio de los clásicos y gran conocedor de nuestra literatura, había consentido en darnos cátedra de gramática, retórica y poética, siguiendo con nosotros todos los años, al pasar de una clase á otra. Otro profesor de la Universidad, Herr Becker, bibliotecario de la biblioteca imperial (nacional), haría lo mismo en alemán. Agregando que el profesor Klarousky estaba algo delicado de salud, pero que tenía la seguridad de que nos conduciríamos con mucho juicio en su clase; pues ya que habíamos tenido

la suerte de encontrar semejante maestro, no era posible la dejáramos malograr.

El inspector había pensado cuerdamente. Fué para nosotros una verdadera satisfacción tener profesores de la Universidad por maestros, y aun cuando surgieron algunas voces del Kanchatka (en Rusia se da el nombre de esa remota y atravesada península á los últimos bancos de cada clase), recomendando que se mirara con prevención al «salchichero», esto es, al alemán, la opinión general en nuestra clase era favorable á los profesores.

«El salchichero» conquistó desde el primer momento nuestras simpatías; era un hombre alto, con una frente ancha y despejada, aspecto bondadoso y mirada inteligente, no desprovista de un ligero tinte de ironía. Al entrar en nuestra clase nos dijo en correcto ruso que pensaba dividirnos en tres secciones: la primera la compondrían aquellos que ya conocían el alemán, y á quienes exigiría un trabajo más serio; á la segunda le enseñaría gramática y más tarde literatura, con arreglo al programa establecido; y la tercera, dijo con una sonrisa maliciosa, será la Kanchatka. A éstos, agregó, sólo exigiré que cada lección copien cuatro renglones que designaré de mi libro, y una vez realizado este trabajo, quedarán en libertad de hacer lo que quieran, con tal de que no molesten á los demás, y les prometo que en cinco años conocerán algo

cuando uno conoce el idioma á fondo, afectan algunas veces á las imágenes reales que tratan de representar, conservan tan sólo su sentido puro y elevado, haciendo que la armonía de la composición quede así más fuertemente impresa en el oído.



La primera lección del profesor Klasousky fué una revelación para nosotros; era un hombre pequeño, como de cincuenta años, de movimientos vivos, con ojos brillantes é inteligentes, una expresión ligeramente sarcástica y la elevada frente de un poeta. Cuando vino á darnos la primera lección, dijo con voz apagada que, habiendo pasado una larga enfermedad, no podía elevar la voz lo suficiente, por lo que nos rogaba nos acercáramos á él. Dicho esto, aproximó su sillón á la primera fila, y nosotros lo rodeamos como un enjambre de abejas.

Había de enseñarnos gramática rusa; pero, en lugar de la aridez de la lección gramatical, oímos algo muy distinto de lo que esperábamos. Era gramática, más intercalada con comparaciones de dichos populares rusos, con versos de Homero ó del sánscrito de Mahabharata, cuya galanura traducía al ruso; allá, un verso de Schiller se introducía, y era acompañado de alguna sarcástica observación referente á alguna pre-ocupación de la sociedad moderna; aquí, des-

pués, se volvía otra vez á la gramática pura, seguida de generalizaciones poéticas y filosóficas.

Claro es que en todo esto habia mucho que no comprendíamos, y cuyo sentido más profundo escapaba á nuestra percepción. ¿Pero, acaso lo encantador de todo estudio no estriba en que constantemente abre ante nosotros nuevos é inesperados horizontes, aún no comprendidos, que nos estimulan á continuar más y más avanzando en la penetración de lo que á primera vista apareció sólo en sus líneas generales? Unos con las manos apoyadas en los hombros del compañero, otros casi tendidos sobre las mesas de la primera fila, otros en pie detrás del maestro, y todos con la mirada chispeante, estábamos pendientes de sus labios. A medida que su voz se debilitaba al aproximarse el fin de la hora, más suspendíamos el aliento para mejor oír. El inspector abrió la puerta de la clase para ver cómo nos conducíamos con el nuevo profesor; pero al notar aquel enjambre inmóvil, se retiró de puntillas para no hacer ruido. Hasta Danroff, carácter inquieto y aturdido, contemplaba á Klasousky, como diciendo «¡vaya un hombre!». Hasta von Klemair, un pobre muchacho circasiano con nombre alemán, de muy cortos alcances, estaba inmóvil en su asiento. En casi todos los demás algo bueno y elevado surgía desde el fondo de su corazones, como si la visión de un mundo inesperado apareciera ante su vista. Este

hombre tenía sobre mi una gran influencia, que fué creciendo con los años. La profecía de Winkler, de que después de todo me gustaría la escuela, se había cumplido.

En la Europa Occidental y probablemente también en América, esta clase de profesores no parece ser generalmente muy conocida; pero en Rusia no hay ninguna persona notable en las letras ó en la política que no deba el primer impulso hacia un desarrollo superior á su maestro de literatura. En todas las escuelas del mundo debiera haber uno semejante; todos los demás tienen asuntos particulares á su cargo que no se relacionan entre sí; sólo el profesor de literatura, guiado por las líneas generales del programa, pero quedando en libertad de tratarlo á su gusto, puede reunir en un lazo común á los separados estudios históricos y humanidades, unificarlos por una amplia concepción filosófica y humanitaria, y despertar ideas é inspiraciones más elevadas en los cerebros y corazones de la nueva generación. En Rusia esa necesaria misión recae de un modo natural en el catedrático de literatura; pues, á medida que habla del desarrollo del idioma, del contenido de la primera poesía épica, de la música y cantos populares, y más adelante del teatro moderno, de la literatura científica, política y filosófica de su país y de las diversas corrientes estéticas, políticas y filosóficas que ha reflejado; viéndose

obligado á ocuparse de esa concepción generalizada del desarrollo del entendimiento humano, que no se encuentra dentro del radio de acción de las materias que se enseñan separadamente.

Lo mismo debería hacerse también respecto á las ciencias naturales. No basta enseñar física y química, astronomía y meteorología, zoología y botánica; la filosofía de todas las ciencias naturales; una vista general de la naturaleza en su conjunto, algo parecido al primer volumen del *Cosmos*, de Humboldt, hay que dar á conocer al alumno y al estudiante, cualquiera que sea la extensión que se dé en la escuela al estudio de las ciencias referidas. La filosofía y la poesía de la naturaleza, los sistemas de todas las ciencias exactas, y una inspirada concepción de la vida de la naturaleza, deben formar parte de la educación. Tal vez el profesor de Geografía pudiera provisionalmente asumir esa función; pero en ese caso, se necesitaría una clase muy diferente de maestros de esta asignatura, lo mismo en los colegios que en las Universidades; lo que hoy se enseña bajo ese nombre, será todo lo que se quiera, pero no es Geografía.

\* \* \*

Otro maestro conquistó el aprecio de nuestra clase, de modo bien distinto. Fué el de escritura, el último del cuerpo de profesores: si los «herejes», esto es, los maestros alemanes y franceses,

eran mirados con poco respeto, el de escritura, Ebert, que era un judío alemán, estaba convertido en un mártir. El conducirse insolentemente con él se consideraba de buen tono entre los pajes. Sólo la miseria podía ser la causa de que no renunciara el cargo. Los antiguos, que llevaban dos ó tres años en la clase quinta, sin haber podido pasar adelante, lo trataban muy mal; pero él había transigido con ellos, llegando al acuerdo siguiente: «una broma no más en cada lección», cuyo cumplimiento, por nuestra parte, dejaba algunas veces mucho que desear.

Un día, uno de los más atrasados, enpapó en tinta la esponja de la pizarra y se la tiró al mártir calígrafo, diciendo al mismo tiempo con una sonrisa estúpida: «¡toma, Ebert!» La esponja le dió á éste en el hombro, salpicándole de tinta la cara y la camisa.

Teníamos la seguridad que, por lo menos esta vez, Ebert abandonaría la clase é iría á dar parte del hecho al inspector; pero nos equivocamos, porque se contentó con exclamar, al mismo tiempo que sacaba su pañuelo de algodón y se limpiaba la cara: «Una broma, caballeros; basta por hoy», agregando á media voz, «la camisa se ha manchado», después de lo cual continuó como si tal cosa corrigiendo los cuadernos de los alumnos.

Ante semejante proceder, quedamos estupefactos y avergonzados. ¡Cómo, en vez de dar

parte, lo toma con esa resignación! La simpatía de toda la clase se tornó en su favor. ¡Lo que habéis hecho es una estupidez—dijimos á nuestro compañero—; es un pobre y le habéis echado á perder la camisa! ¡Qué vergüenza!—otro gritó.

El causante del mal fué en el acto á disculparse. «Hay que aprender y aprender, amigo», fué todo lo que contestó Ebert, con voz en que se reflejaba la tristeza.

Después de esto reinó un silencio sepulcral, y al día siguiente, como si todos nos hubiéramos puesto de acuerdo, escribimos lo mejor posible y le llevamos nuestros cuadernos para que los corrigiera, lo que le causó gran alegría, y aquel día puede decirse que fué feliz.

Este hecho me impresionó profundamente, y jamás se ha borrado de mi memoria. Siempre le estaré agradecido á tan notable hombre por aquella lección.



Con nuestro maestro de dibujo, que se llamaba Ganz, nunca pudimos vivir en buena armonía. Él siempre daba cuenta de los que jugaban en la clase; lo que en nuestro concepto estaba mal, pues su proceder distaba mucho de ser correcto. Durante la clase, apenas se ocupaba de nosotros y pasaba el tiempo enmendando los dibujos de aquellos que repasaban con él, ó le pagaban

algo, para poder presentar un buen dibujo en los exámenes y obtener una nota de primera: contra los que así procedían no teníamos queja alguna; por el contrario, hallábamos muy natural que los que no tenían capacidad para las matemáticas ó memoria para la geografía, no pudiendo aspirar á notas elevadas en estas materias, trataran de mejorar su situación, ordenándole al maestro un dibujo ó un mapa topográfico, que les asegurara el premio ante todo. Sólo de parte de los dos primeros alumnos de la clase se hubiera visto mal el acudir á tales procedimientos; pero en cuanto á los demás, podían hacerlo con tranquilidad de conciencia. Pero el maestro no debía emplear la hora de clase en ese trabajo; y ya que lo hacía, le tocaba sufrir con resignación las faltas de sus discípulos. En vez de hacerlo así, no se pasaba día sin que dejara de quejarse, y cada vez parecía más arrogante.

En cuanto pasamos á la clase cuarta y nos encontramos en un terreno más firme, tratamos de apretarle las clavijas. «Vosotros tenéis la culpa—nos decían los mayores—de que se dé tanto tono con vosotros; nosotros lo teníamos atado corto». Por cuya razón decidimos hacer lo mismo que ellos habían realizado.

Un día, dos excelentes compañeros de clase se acercaron á Ganz con un cigarrillo en la boca y le pidieron fuego. Claro es que sólo se trataba

de una broma, pues nadie había pensado en fumar allí, y según la regla establecida, el maestro no debiera haber hecho más que despedirlos aquel día de la clase; pero en vez de esto, los inscribió en el parte diario y fueron castigados con gran severidad. Esa fué la gota que hizo derramar el vaso: decidimos darle una «serenata»; lo cual quería decir que, en un momento dado, toda la clase, provista de reglas prestadas por las superiores, armaría un ruido espantoso, pegando contra las mesas, hasta hacer que el maestro se fuera de la clase. Esto, sin embargo, no se hallaba exento de dificultades. Teníamos en nuestra clase un cierto número de «gente floja» que, á pesar de prometer tomar parte en la demostración, era fácil que á última hora no pudiera dominar los nervios y se echara atrás, dejando á los demás comprometidos: en tales empresas, la unanimidad es el todo; pues el castigo, cualquiera que sea su índole, es siempre más ligero al recaer en la clase entera que cuando afecta á un número determinado.

La dificultad se resolvió con arte verdaderamente maquiavélico: á una señal dada, volviendo todos la espalda al maestro y golpeando con las reglas en los bancos de los vecinos, se conseguiría el fin deseado; de este modo, se evitaría que aterrased á los débiles la mirada de aquél. ¿Pero quién daba la señal? Un silbido, como en los cuentos de bandidos, un grito ó un estornudo

no nos sacaban del apuro; él podía muy bien fijarse en cualquiera que hubiese empleado tal recurso. La señal debía ser silenciosa: uno de los que mejor dibujaban debía llevarle su trabajo á Ganz, y cuando volviera á su sitio, entonces estallaría la tormenta.

Todo salió á pedir de boca: Nesadoff presentó su dibujo, y el otro se lo corrigió en pocos minutos, que nos parecieron una eternidad; al fin volvió á su puesto, quedó un momento mirándonos, y se sentó... La clase entera se volvió de espaldas, y las reglas menudeaban sus golpes en los bancos, en tanto que algunos gritaban en medio del alboroto, «¡fuera Ganz, fuera con él!» El escándalo era mayúsculo; todas las clases se enteraron de que al maestro de dibujo le habían dado una serenata. El se puso de pie, murmuró algo y concluyó por marcharse. Entró en la clase un oficial, pero no por eso se interrumpió el jaleo; después entró el subinspector, y el inspector tras él: en el acto se suspendió el ruido y empezaron las reprensiones.

«¡Los mayores quedan desde este momento arrestados!»—ordenó el inspector—; y á mi, que era el primero de la clase, y, por consiguiente, el mayor, me llevaron al calabozo oscuro, lo cual me evitó el ver lo que vino después. Se presentó el director: le preguntaron á Ganz que designara las cabezas de motin, pero no pudo hacerlo. «Todos me volvieron la espalda, y comenzó

el escándalo»—fué su contestación. Inmediatamente se condujo la clase abajo, y á pesar de que los castigos corporales estaban completamente desterrados de nuestra escuela, esta vez, á los dos que antes se habían castigado por pedir fuego al maestro, los azotaron con la vara de abedul, bajo pretexto de que la serenata fué una venganza por su castigo. Esto lo supe diez días después, cuando se me permitió volver á clase: mi nombre, que había sido inscrito en el encendido rojo de la clase, destinado á los distinguidos, fué borrado de él, lo que me tuvo sin cuidado; no así los diez días de calabozo, sin libros, que me parecieron interminables, y en los que compuse (en versos horribles), un poema, en que los altos hechos de la clase cuarta eran debidamente glorificados.

Como era de esperar, nuestra clase vino á ser la heroína de la escuela; durante un mes entero tuvimos que relatar una vez y otra á las demás clases todo lo referente al particular, recibiendo felicitaciones por lo bien que se había manejado el asunto, evitando que ninguno incurriera en responsabilidad. Como castigo, se nos prohibió ir á casa los domingos, lo que duró hasta Navidad; pero como estábamos todos reunidos, lo pasábamos alegremente. Las mamás de los niños buenos les traían dulces en abundancia, y los que tenían dinero lo empleaban en multitud de pasteles, en tanto que, á la noche, los amigos

de las otras clases traían de contrabando grandes cantidades de fruta para la heroica clase cuarta.

Ganz no volvió á dar parte de ninguno más; pero nosotros no aprendimos á dibujar tampoco. Nadie quería recibir lecciones de semejante hombre.

### III

Mi hermano Alejandro estaba en aquella época en Moscou, en un cuerpo de cadetes, y manteníamos una activa correspondencia. Mientras que estuve con la familia, esto era imposible, porque nuestro padre consideraba como una prerrogativa el leer todas las cartas dirigidas á casa, y pronto hubiera puesto coto á toda correspondencia que no tuviera un carácter trivial. Ahora éramos libres para discutir en nuestras cartas lo que mejor nos parecía; no había más dificultad que la falta de dinero para el franqueo; pero pronto aprendimos á escribir tan menudo y apretado, que lo que conseguíamos meter en una sola carta era extraordinario. Alejandro, que tenía una hermosa letra, logró incluir cuatro páginas impresas en una sola carilla, y sus líneas microscópicas se leían con la misma claridad que si fueran impresas. Es lamentable que estas cartas, que él guardaba como preciosos recuerdos, hayan desaparecido; la alta policía,

en una de sus razzias, le robó hasta aquello que de tanto aprecio era para él.

Nuestras primeras cartas casi no se ocupaban más que de los pequeños detalles referentes á mi nueva situación; pero pronto tomó nuestra correspondencia un carácter más elevado. Mi hermano no podía escribir sobre nimiedades; hasta en las reuniones de sociedad no lograba animarse sino cuando se entablaba alguna seria discusión, y se quejaba de sentir «un pesado dolor en el cerebro»—un dolor físico, según acostumbra á decir—, cuando se hallaba entre gentes que sólo hablaban de cosas insignificantes. Me aventajaba mucho en desarrollo intelectual, y me impulsaba hacia adelante, presentando nuevas cuestiones científicas y filosóficas, unas después de otras, y aconsejándome lo que debía leer ó estudiar. ¡Qué suerte ha sido para mí tener un hermano semejante! Un hermano que, además, me quería con delirio, y á quien debo la mayor parte de mi desarrollo intelectual.

Algunas veces solía aconsejarme que leyera poesías, y me enviaba con sus cartas muchos versos y poemas enteros que sabía de memoria. «Lee poesía», escribía; «ella hace á los hombres mejores». ¡Cuántas veces, durante mi existencia, he podido apreciar la verdad de semejante afirmación! Él era indudablemente poeta, y tenía una asombrosa facilidad para escribir versos muy armoniosos. Creo, en verdad, que fué una